Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 324, noviembre de 2026, ISSN: 0251-3552, <nuso.org>.

ENSAYO

«No matarás»: luces y sombras del veganismo

María Carman
Valeria Berros

El veganismo ha ganado visibilidad en las últimas décadas como dieta, filosofía de vida y causa militante. Sus vertientes van desde un ala dura abolicionista hasta un activismo flexible y otro que se articula con las luchas ambientales contra la ganadería industrial. La analogía entre mataderos y campos de exterminio, frecuente en el movimiento, plantea cuestiones que conviene discutir. Las experiencias de campesinos, cazadores y sectores populares cuestionan la pretensión de una moral universal y plantean la necesidad de vincular, en territorios situados, la defensa de los animales con la justicia social y ecológica.

Durante las últimas décadas, y con especial fuerza a partir de la pandemia de coronavirus de 2020, en la que aprendimos el origen zoonótico de muchas enfermedades, hemos sido testigos de la explosión del veganismo en distintos ámbitos de nuestra vida cotidiana. Para los no iniciados, el veganismo se limita a una dieta estricta que excluye productos de origen animal: carne, grasa, pescado, huevos, lácteos, miel[1]. Para sus adeptos, en cambio, el veganismo supone una filosofía de vida que rechaza cualquier tipo de explotación animal y cualquier actividad en la que se utilicen animales. Buscan justicia para aquellos animales que no pueden defenderse por sí mismos. Desde su perspectiva, los animales no deben sacrificarse por nosotros, ya que nada justifica la pretendida superioridad del *Homo sapiens* por sobre las demás especies.

Se trata de despertar a otros humanos a una realidad fundamental: lejos de ser una cosa sacrificable, los animales tienen dignidad, sentimientos y el derecho a llevar adelante vidas libres y florecientes. Ellos no son medios para nuestros fines, ni merecen las muertes que les damos. El *leitmotif* que se transmite a partir de diversas vías es el siguiente: «Somos responsables de esas vidas que son extirpadas. Nuestro estilo de vida debería ser coherente con esa empatía que sentimos hacia los animales, con esa comunidad de seres que siente y de la que también formamos parte».

Hoy día, alrededor de 3% de la población mundial se considera vegana. En América Latina, se estima que alcanza el 2% de la población, con México y Brasil a la cabeza. En el ámbito de las grandes ciudades, los procesos de conversión resultan más notorios entre los jóvenes de clase media y alta y, en mayor medida, en las mujeres.

Los hitos de conversión

Ya sea en la infancia o en la vida adulta, algunas personas identifican una experiencia personal que las marcó para siempre, como presenciar el degüello de un cordero en el campo. Otras pudieron

1. La miel es uno de los casos límite más discutidos: algunos la aceptan porque consideran que el sufrimiento de los insectos es dudoso o menor, o porque la apicultura a pequeña escala favorece la polinización. En el ámbito anglosajón, hay incluso un término informal para ellos: *beegans*.

«abrir los ojos» gracias a las palabras de un amigo, una instructora de yoga, un profesor del secundario o de la universidad. Esa perturbación inicial las llevó a seguir indagando sobre el tema en posteos de redes sociales, libros, algún video emblemático de la causa o incluso el informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés). «A mí me convencieron los datos numéricos», afirma un joven vegano, estudiante de Derecho, en una de nuestras investigaciones. Corine Pelluchon, autora del *Manifiesto animalista*, describe ese momento epifánico de la vida del vegano como un antes y un después: «Cuando esta verdad penetra en la conciencia, el aire se vuelve irrespirable. A nuestro alrededor se hace un silencio que alberga la soledad, la vergüenza y la certeza de que ya no se podrá seguir viviendo como hasta entonces»[2].

La crítica vegana no abarca solo las matanzas de animales, sino también las formas de explotación que los mantienen con vida pero los reducen a medios para la satisfacción de necesidades o deseos humanos, como ocurre con la producción de leche y huevos o el uso de animales para fines recreativos. Sentir, en el corazón y en el cuerpo, que detrás de cada bocado de jamón o sorbo de leche está la agonía inenarrable de un cerdo o una vaca se transforma en un punto de no retorno: no queda otro camino que tomar cartas en el asunto.

Ala dura y ala blanda

El veganismo es tan heterogéneo como las personas de carne y hueso que adoptan sus postulados. Para el adepto de «línea dura», el veganismo no tiene nada que ver con salvar al planeta sino con salvar exclusivamente a los animales. «Hablemos solo de los animales», nos dicen los veganos autodenominados abolicionistas. «La salud, el medio ambiente son temas secundarios, porque son antropocéntricos». El ala *hardcore* del movimiento detecta múltiples inconsistencias y formas de especismo entre los proteccionistas. ¿Por qué algunos de ellos se preocupan por la suerte de una orangutana confinada, o una jirafa que

2. Corine Pelluchon: *Manifiesto animalista. Politizar la causa animal*, Barcelona, Penguin, 2018.

© Nueva Sociedad / Daniela Martín del Campo 2026



fue sacrificada en el zoológico de Copenhague para alimentar leones, pero no les quitan el sueño los millones de cerdos que se convierten en embutidos cada año? ¿Cuál es el sentido de rescatar gatos pero seguir comiendo carne? A los ojos de estos veganos, los vegetarianos o los proteccionistas que siguen usando una chaqueta o zapatos de cuero son animalistas incompletos. Para el ala blanda, en cambio, el veganismo total no existe: ser vegano es un camino, más que un punto de llegada. El activismo *soft* cree que es más eficaz pedirle a la gente cambios a la altura de sus posibilidades: un reto vegano temporal, por ejemplo, es mejor que nada. Una especie de «compañeros de ruta» del movimiento.

Para muchos jóvenes, el veganismo es una causa atractiva para abrazar como forma de «oponerse al sistema», aunque no necesariamente lo comprenden como una lucha política. Comparten recetas de cocina, reciclan, hacen tinta ecológica o imprimen camisetas. Algunos sugieren desarrollar un concepto más relajado de veganismo que se oriente a reducir la matanza y mitigar el sufrimiento de los animales siempre que sea posible. Cualquier razón que lleve a las personas a producir pequeños cambios –ya sea la salud personal o el medio ambiente– puede ser válida. No hay que exagerar los argumentos morales; no hay que producir una *veganomanía*. El apoyo de los llamados flexitarianos o aliados de los veganos se expresa en ser vegano un día fijo de la semana –que varía según el país en cuestión–, o bien ser vegano cuando se está en la propia casa, pero no necesariamente en encuentros sociales.

Veganos que se ambientalizan

Las sucesivas catástrofes –incendios, sequías, inundaciones, olas de calor– fruto del cambio climático, la depredación de los territorios en el marco de los extractivismos impulsados por Estados neoliberales y progresistas y, en los últimos años, la experiencia de una pandemia en los límites de la propia piel no hicieron sino profundizar la toma de conciencia sobre la crisis planetaria y los límites del modo de producción capitalista.

Muchos veganos creen que la lucha contra el especismo debe ser interseccional, esto es: aunando fuerzas con quienes luchan

contra el extractivismo, el colonialismo y el patriarcado. Defender a los animales, desde esta perspectiva, resulta inseparable de la defensa de los derechos humanos y de la naturaleza. Muchos, por ejemplo, reparten viandas veganas a las personas en situación de calle o trabajan en comedores populares.

Los veganos que se ambientalizan apuntan al corazón de uno de los factores claves de la crisis ecológica contemporánea: la ganadería industrial. Tanto el activismo ambiental latinoamericano como buena parte de los colectivos veganos en todo el planeta problematizan las consecuencias de este tipo de práctica a gran escala, vinculadas a sus altísimas emisiones de gases de efecto invernadero y a la deforestación de enormes superficies en pos de cambiar el uso del suelo y producir alimento para ganado.

En efecto, el consumo de carne se ha multiplicado por cuatro desde 1960. El *Atlas de la carne* estima que para 2029 la producción aumentará en 40 millones de toneladas hasta alcanzar unos 366 millones y eso repercutirá especialmente en los territorios latinoamericanos por su rol en el mercado global de este producto[3]. El IPCC también alerta sobre la gravedad de esta cuestión y señala como opción de mitigación una reducción drástica de la producción de cabezas de ganado, cambiando a dietas basadas en plantas[4].

En Argentina, gran parte de la producción de soja no tiene por destino convertirse en alimento para la población sino en insumos para el engorde de animales en Europa, China y otros países asiáticos, lo que profundiza desigualdades globales y violencias en los territorios habituados a constantes presiones extractivistas. En *La larga sombra del ganado*[5], un documento de las Naciones Unidas que tuvo gran repercusión, se enumeran también los efectos de la ganadería en términos de contaminación atmosférica, pérdida de biodiversidad y degradación de la tierra, el suelo y el agua. La crítica a este sistema alimentario basado en la lógica de mercado es un punto de coincidencia entre las agendas

3. Heinrich Böll Stiftung y Amigos de la Tierra: *Atlas de la carne. Hechos y cifras sobre los animales que comemos*, 2021.

4. IPCC: *El cambio climático y la tierra. Informe especial del IPCC*, 2019.

5. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO): *La larga sombra del ganado. Problemas ambientales y opciones* [2006], Roma, 2009.

activistas vegana y ambiental. Como señala Patricia Aguirre, lo que comemos está devorando el planeta[6].

Ser cómplice de un holocausto

Los veganos denuncian que los animales son sometidos a relaciones de esclavitud: son comprados, vendidos, reproducidos, confinados y obligados a trabajar para sus dueños, sin posibilidad de sustraerse a ese destino. También acusan a la industria de la carne de cometer crímenes contra los animales que permanecen impunes. Desde su punto de vista, se trata de muertes masivas que resultan invisibles, y por eso existe una necesidad de identificarlas como lo que realmente son: asesinatos. Los movimientos veganos suelen comparar la industrialización de la muerte en los campos de exterminio nazis con los mataderos. «Para los animales, Treblinka dura eternamente. En nuestro tratamiento de los animales, todos los humanos son nazis», expresan las campañas veganas, inspiradas en las reflexiones del Premio Nobel de Literatura de 1978 Isaac Bashevis Singer a través de uno de los personajes de su cuento «El escritor de cartas». El orador principal de la marcha del Día Mundial del Veganismo en 2024 en Buenos Aires también retomó este *leitmotif*: «Elegir no ser vegano es ser cómplice de un holocausto indescriptible».

Se trata de una comparación que, aunque quizás la mayoría de los veganos no lo sepa, también establecen los propios trabajadores del sistema de producción animal, según relata la socióloga y ex-ganadera campesina Jocelyne Porcher[7]. Empleados de la industria porcina francesa también describieron la práctica masiva de muerte de animales como un holocausto y narraron la violencia de los procedimientos a los que debían enfrentarse, mientras «los dioses» –quienes decidían los procedimientos– permanecían tranquilos y con las manos limpias.

Las alusiones al Holocausto o al genocidio por parte de los veganos buscan lograr que esas vidas animales sean relevantes

6. Patricia Aguirre: *Devorando el planeta. Cambiar la alimentación para cambiar el mundo*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2022.

7. Jocelyne Porcher: *Vivir con los animales. Contra la ganadería industrial y la «liberación animal»*, Alicante, El Salmón, 2021.

políticamente y que, en consecuencia, se extingan las prácticas sistemáticas que les causan dolor y muerte.

Ahora bien, ¿cuáles son los límites de esta analogía? ¿Estamos frente a dos holocaustos comparables? ¿Hay una equivalencia entre el sufrimiento y la muerte causados a seis millones de judíos y el sufrimiento y la muerte causados diariamente a millones de vacas, cerdos y pollos?

Karen Davis y Mónica Cragnolini, dos pensadoras y activistas que abordaron esta temática, señalan que el establecimiento de un vínculo entre el exterminio masivo de humanos y el de animales pone en cuestión miles de años de enseñanza acerca de la superioridad de los humanos[8]. Pese a ello, el exterminio de unos y otros no genera el mismo escándalo: mientras que el Holocausto representa un ícono histórico del Nunca Más, el sufrimiento y el sacrificio animal siguen siendo naturalizados.

Este debate evoca también las conferencias que imparte la escritora Elizabeth Costello en la novela homónima de J.M. Coetzee[9], en las que precisamente compara –para horror de sus oyentes– los campos de exterminio nazis de judíos y gitanos con los millones de animales sacrificados cada día.

En sus conferencias, Costello remarca la resistencia de los seres humanos a intercambiar lugar, siquiera mentalmente, no solo con las víctimas del Holocausto, sino también con los animales cuyos asesinatos actualizan la crueldad de ese holocausto.

> La gente dijo: *Son ellos los que pasan en esos vagones de ganado.* La gente no dijo: *¿Cómo sería si yo fuera en ese vagón de ganado?* (…) La gente dijo: *Deben ser los muertos a quienes están quemando hoy, que apestan el aire y hacen que me caiga ceniza sobre los repollos.* La gente no dijo: *¿Cómo sería si me estuvieran quemando a mí?* La gente no dijo: *Me quemo, estoy cayendo en forma de ceniza.* (…)
> La imaginación compasiva no tiene límites. (…) Puedo ponerme en el lugar de un murciélago, de un chimpancé o de una ostra. De cualquier ser con el que comparta el

8. Karen Davis: *The Holocaust and the Henmaid's Tale: A Case for Comparing Atrocities*, Nueva York, Lantern, 2005; Mónica Cragnolini (comp.) *«Quién» o «qué». Los tránsitos del pensar actual hacia la comunidad de los vivientes*, Adrogué, La Cebra, 2017.

9. J.M. Coetzee: *Elizabeth Costello*, Buenos Aires, Mondadori, 2004.

> sustrato de la vida. (…) Cada día hay un nuevo holocausto y sin embargo, por lo que veo, nuestro ser moral permanece intacto.

Al día siguiente, un poeta le recrimina por carta su conferencia: «Los judíos murieron como ganado, por lo tanto el ganado muere como judíos, dice usted. Es un juego de palabras que no voy a aceptar. Usted malinterpreta la naturaleza del parecido. (...) Esa inversión es un insulto al recuerdo de los muertos».

Estemos o no de acuerdo con esta equivalencia, lo cierto es que las categorías de lo humano –incluyendo aquí lo que se percibe como inhumano o «subhumano»– siguen utilizándose como parámetro para «medir» el sufrimiento animal. Por otra parte, la automatización de la muerte en los mataderos no se funda en el odio racial ni en la voluntad de exterminio de un pueblo, sino en la transformación de vidas animales en mercancía. No estamos frente a un proyecto político genocida de pureza racial, sino frente a la banalidad y la voracidad a las que el capitalismo nos tiene acostumbrados. Esto no justifica, desde ya, las infinitas atrocidades de la producción industrial de carne, pero sí procura echar luz sobre nuevas aristas del problema, en torno de las cuales podrían reorientarse la discusión y la lucha políticas.

Trabajar y vivir entre animales

Como ya mencionamos, la línea dura del veganismo distingue únicamente dos posiciones en nuestra relación con los animales: el veganismo o la explotación.

Las acusaciones de asesinato no recaen entonces solo sobre el sistema de producción industrial de carne, sino también sobre la ganadería a pequeña escala. El activista español Ibai Vegan afirma que los criadores familiares de ganado no albergan preocupaciones éticas respecto de qué se mata, cuánto se mata y por qué[10].

Con la misma vehemencia, Corine Pelluchon describe a los animales como víctimas predestinadas de una humanidad

10. Ibai Vegan: *La era del veganismo. Un manifiesto en favor de los animales*, Madrid, Zenith, 2022.

brutal, una humanidad «permeable al mal» que está «perdiendo su alma». Carol J. Adams, otra autora icónica de los estudios críticos animales, sostiene que, si bien en situaciones de emergencia puede ser necesario comer un animal después de la caza, no deja de ser una práctica moralmente repugnante que, al igual que el canibalismo, debería estar marcada por el asco[11].

Convertirse al veganismo es presentado, además, como una opción fácil y autoevidente. «El veganismo está al alcance de todos nosotros», argumenta el activista chileno Alejandro Ayala Polanco[12]. «Podemos adoptarlo hoy mismo, en este mismo momento. No importa en qué locación geográfica o cultura nos desenvolvamos».

Algunas voces disidentes se sumergen en esta polémica desde su experiencia práctica de crianza de animales. Una de las críticas más fulminantes al veganismo proviene de la ya mencionada Jocelyne Porcher, quien no duda en calificar a los filósofos animalistas de «analfabestias» –un juego de palabras que combina «analfabetos» y «bestias» (*analphabête*)– que hablan sobre las relaciones entre humanos y animales sin apoyar su demostración en trabajos de campo y sin conocer realmente a los animales.

Uno de los principales problemas de los «liberacionistas», afirma la autora, es que niegan las diferencias entre la ganadería a pequeña escala y la producción animal industrial: cualquier relación de trabajo con los animales es pensada como una relación de explotación que debe ser eliminada. Porcher, por el contrario, traza una diferencia entre ambas prácticas. Mientras que la ganadería define una relación de trabajo con los animales que cuenta con 10.000 años de antigüedad, la producción animal existe desde hace solo 150 años. Al igual que los veganos, Porcher considera la producción industrial animal como una monstruosidad: se trata de fábricas de carne, en las cuales se extrae la materia animal del mismo modo en que se extrae el carbón de una mina.

Uno tras otro, rebate los argumentos de los movimientos de liberación animal, poniendo el acento en la buena vida que los ganaderos campesinos otorgan a sus animales: la posibilidad de ser felices, de existir, de estar alegres y de poder expresarse.

11. Carol J. Adams: *Neither Man nor Beast: Feminism and the Defense of Animals*, Nueva York, Continuum, 1994.

12. Alejandro Ayala Polanco: *Haz el amor con los veganos*, Valparaíso, Homovegetus, 2017.

La referencia al holocausto animal también es impugnada por la autora cuando se aplica a la cría a escala doméstica. La asimilación de la producción de carne con los campos nazis se basa en una analogía de sistema, en la cual existen cinco ejes en común: la pérdida de la identidad y de la singularidad, es decir el tratamiento como masa de los individuos; la pérdida de comunicación; el consentimiento de la violencia por parte de algunos trabajadores; la violencia de los procedimientos de quienes se enfrentan al trabajo real, mientras que quienes deciden los procedimientos permanecen con las manos limpias; y la creación de una neolengua para ocultar la realidad. Ninguno de estos cinco puntos, puntualiza Porcher, se aplica a la ganadería campesina.

Los movimientos animalistas no comprenden que, en el marco de la ganadería ecológica y extensiva, los animales no solo son objeto de trabajo, sino que participan del mundo social: trabajar con animales significa vivir con animales. Porcher nos recuerda que la mayoría de los animales de granja –vacas, ovejas, aves de corral y cerdos– son presas y no predadores, por lo cual la ganadería les ofrece la posibilidad de dejar de vivir en alerta permanente, de emanciparse de su destino de presa y sufrir menos el hambre, la sed, el frío y las heridas[13]. En sintonía con el espíritu de Porcher, colectivos de ganaderas de Cataluña reivindican una forma feminista de trabajar en la ganadería basada en la equidad, el cuidado, la escucha, la atención y la no violencia.

> El campesinado que combina agricultura y ganadería de forma complementaria, que diversifica sus actividades (…) y que defiende la soberanía alimentaria, es en este momento uno de los grandes baluartes de la lucha anticapitalista y contra la globalización neoliberal. A la vez, va a ser el único sistema posible para alimentar a la población en la crisis global tanto ecológica como energética y de materias primas. Solo la agroecología puede plantear un modelo alimentario descarbonizado, independiente de los fertilizantes sintéticos y a escala local. Y en este proceso la ganadería extensiva es esencial para cerrar círculos.[14]

13. Jocelyne Porcher: ob. cit.

14. Emma Rojas Sánchez y Martina Marcet Fuentes: «Prólogo» en Jocelyne Porcher: ob. cit.

Los estudios etnográficos también proveen ejemplos para discutir las argumentaciones que demonizan cualquier práctica de caza o de ingesta de animales. Veamos una descripción de Eduardo Kohn sobre la vida cotidiana de los runa, una comunidad indígena que habita en la Amazonía ecuatoriana: los runa de Ávila.

> [C]ompartir comida y bebidas, y especialmente carne, es, a lo largo y ancho de la Amazonía, crucial para la creación de los tipos de relaciones interpersonales que son la base para hacer comunidad. Los niños en crecimiento deben comer mucha carne y sus abuelos y padrinos también deben recibir regalos de carne con regularidad. Los familiares, compadres y vecinos que vienen a ayudar a despejar el bosque y construir casas también deben ser alimentados con carne. Compartir carne es central para la construcción de los vínculos sociales en Ávila. Pero esa carne que es compartida y consumida fue también, en un momento dado, una persona. (…) Para notar y relacionarse con los varios tipos de seres que viven en esta ecología de seres, estos varios seres deben ser reconocidos como personas. (…) Sería imposible para la gente en Ávila cazar o relacionarse de cualquier otra manera dentro de esta ecología de seres sin tratar a los innumerables seres que habitan el bosque como las criaturas animadas que son.[15]

Para muchas comunidades campesinas o indígenas de distintas partes del planeta, la caza de subsistencia constituye una práctica ética que sigue protocolos precisos. No se mata de cualquier manera: existen obligaciones respecto de la caza, el sacrificio y el consumo. En sociedades de pastoreo, vivir sin animales equivale a una muerte social. Veamos el relato de Francisco Pazzarelli, un antropólogo que trabaja en la Puna argentina con la comunidad indígena de Huachichocana, dedicada a la cría de rebaños de cabras y ovejas:

> [L]a vida en el cerro se encuentra en estrecha dependencia con la posibilidad de seguir criando animales, aunque sea

15. Eduardo Kohn: *Cómo piensan los bosques*, Buenos Aires, Hekht, 2021.

> solo algunos. En muchos casos, escuchar que alguna anciana o un anciano decide *acabar* totalmente sus animales (venderlos o pasarlos a un pariente) es sinónimo de que abandonará la comunidad (…), o bien que está pronto a morir. Vivir sin animales es el fin del mundo tal como se lo conoce en el cerro.[16]

El trabajo de campo con pescadores y cazadores artesanales en la costa atlántica bonaerense nos muestra de qué modo ellos, frente a la acusación de ser predadores, explican que no matan animales por diversión o deporte, sino para reproducir la propia vida[17]. Luego de diez días en los cañadones con la canoa, David nos cuenta que con los diez cueros de nutria obtenidos pudo alimentar a su mujer y sus cuatro hijos. Con el mismo espíritu, Gabriel nos relata que trampeaba nutrias y zorros, y que con la venta de la piel de un solo animal comían un mes. Los conservacionistas de la región se escandalizan con estas prácticas, aunque la atribución de una supuesta impureza ecológica a los pescadores-cazadores descansa sobre un privilegio material: los conservacionistas no necesitan matar para comer y se atribuyen una superioridad moral para acusar a quienes sí lo hacen.

Como ya lo advertía Claude Lévi-Strauss, el acto de matar seres vivos para la alimentación representa un problema que todas las sociedades intentan resolver, cada una a su manera[18]. Los veganos no tienen el monopolio de la moralidad sobre este asunto: estamos, en todo caso, frente a distintas moralidades que entran en conflicto.

Para los habitantes de villas y asentamientos populares del Área Metropolitana de Buenos Aires con los que una de nosotras ha trabajado en las últimas décadas, la carne es un bien relevante cuyo consumo se sostiene –en los cortes baratos que pueden costearse– para proveer de proteínas y de una «mejor

16. Francisco Pazzarelli: «Historia de Cabra y Oveja: figura y fondo de las relaciones de pastoreo en los Andes Meridionales (Jujuy, Argentina)» en Celeste Medrano y Felipe Vander Velden (eds.): *¿Qué es un animal?*, Buenos Aires, Asociación Civil Rumbo Sur, 2018.

17. María Carman y Victoria González Carman: «Matar para comer: saberes prácticos de los pescadores artesanales de San Clemente del Tuyú» en *Etnografías Contemporáneas* vol. 12 Nº 23, en prensa.

18. Claude Lévi-Strauss: *Mitológicas IV. El hombre desnudo* [1971], Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 2009.

alimentación» a sus hijos. Lo mismo sucede respecto del asado: pese a las dificultades económicas, los sectores populares urbanos argentinos encuentran el modo de llevarlo adelante, aunque sea con chorizos en lugar de carne propiamente dicha, debido a sus precios. Este comentario no invalida, claro está, que algunos jóvenes de barrios populares participen en proyectos vegetarianos o veganos.

¿Tiene sentido inculpar sin más a todos los consumidores de carne en la región más desigual del planeta, como es América Latina? ¿Realmente creemos que ellos son los adversarios del mundo en que vivimos? Los veganos –y en ocasiones, también otros animalistas– pontifican sobre «el mundo que deberíamos tener» en términos morales y universales, en lugar de cuestionarlo en términos políticos y en forma situada.

¿Y si se generaran alianzas para asumir no solo el problema de las granjas industriales, sino también la situación ecológica del planeta? En América Latina, la pérdida de biodiversidad a causa de la destrucción de ecosistemas gana terreno cada año. El sistema de producción industrial de carne involucra no solo procesos de deforestación y cambios en el uso del suelo, sino también, en muchas ocasiones, acciones de violencia y despojo hacia comunidades campesinas e indígenas en parajes invisibles a los ojos metropolitanos. Sabemos además que cuando desaparece un territorio no solo se destruyen formas de vida humanas y no humanas, sino también, como argumenta Baptiste Morizot, formas únicas de relación entre los vivientes[19].

Si el veganismo no abandona su –al menos hasta ahora– variante dominante, que es la de erigirse en una suerte de reserva moral de nuestra sociedad, se pierde el foco respecto de uno de los asuntos fundamentales que plantea el movimiento, que es la necesaria batalla contra las terribles consecuencias de la ganadería industrial.

Al pensar las injusticias animales en forma autónoma –es decir, desgajadas de las injusticias sociales y ecológicas de un territorio particular–, lo único que logramos es que estas demandas pierdan su potencia emancipatoria. ¿Logrará este activismo, atrapado las más de las veces en su camisa de fuerza moralizante, salir del diálogo consigo mismo y tejer alianzas hacia horizontes de

19. Baptiste Morizot: *Maneras de ser viviente*, Buenos Aires, Isla Desierta, 2023.

justicia más abarcativos? El desafío consiste en articular, en territorios situados, la protección de los derechos humanos, de los animales y de la naturaleza en una política ampliada al resto de los seres que permita la escucha, el cuidado y la coexistencia.

María Carman: es escritora y doctora en Antropología Social. Es profesora de la Universidad de Buenos Aires (UBA) e investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina. Su libro más reciente es la novela *El entretiempo* (Buenos Aires, Híbrida, 2023). Coordina el equipo Antropología, Ciudad y Naturaleza del Instituto Gino Germani.

Valeria Berros: es doctora en Derecho. Es profesora en la Universidad Nacional del Litoral (UNL) e investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina. Dirige el proyecto «Meulen III: Los entramados socio-jurídicos sobre la cuestión ecológica desde una perspectiva latinoamericana» en la UNL. Es investigadora principal de Speak4Nature.

Palabras claves: animales, carne, especismo, holocausto, veganismo.